

Utopía

Revista de Antropología, Ciencias de la Comunicación y de la Información, Filosofía,
Linguística y Semiótica, Problemas del Desarrollo, la Ciencia y la Tecnología

Año 38, diciembre 2022 N°

99

Revista de Ciencias Humanas y Sociales
ISSN 1012-1587/ ISSNe: 2477-9385
Depósito Legal pp 198402ZU45



Universidad del Zulia
Facultad Experimental de Ciencias
Departamento de Ciencias Humanas
Maracaibo - Venezuela

opción

Revista de Ciencias Humanas y Sociales

© 2022. Universidad del Zulia

ISSN 1012-1587/ ISSNe: 2477-9385

Depósito legal pp. 198402ZU45

Portada: Crónicas A y B

Artista: Rodrigo Pirela

Medidas: 40 x 60 cm

Técnica: Tinta y acrílico sobre Papel Fabriano

Año: 2012

EDITORIAL**El legado de la filosofía a *nuestro tiempo*: Aristóteles, Rawls y la bioética**

La formación en bioética se ha tornado cada vez más necesaria en las actuales circunstancias, por demás desafiantes de nuestro futuro como especie. No es casualidad que instituciones y organismos nacionales e internacionales hagan énfasis, hoy día más que en el pasado reciente, en la idea de preservar la vida humana tal como la conocemos; incluso, la vida en general y todo aquello que la propicia. Un gran andamiaje humanístico se ha reconstruido a nivel global para llevar adelante la idea de mantener el mundo de vida humano tal cual como lo conocemos, justamente porque los cimientos humanos se ven cada vez más comprometidos en virtud de los desarrollos científicos y tecnológicos que han propiciado el estado actual del tecnococimiento. Y cuando hablamos de los cimientos humanos, nos referimos a la cuestión medular que hace de nuestra naturaleza justamente *naturaleza humana*. La vida humana es la vida de la especie, y esta lo es gracias a la socialidad que nos caracteriza justamente por estar dotados de razón, lenguaje, y algo que es esencial a ambos, nuestro espíritu de vida.

No puede haber vida humana sin esa racionalidad que la caracteriza; como tampoco puede haberla sin la materialidad propia de todo ente que posea extensión. Sin embargo, un elemento que está presente en la idea de ser humano es precisamente la que lo muestra en la tridimensionalidad por la cual lo caracteriza Aristóteles: materia, forma, y alma. La materia inerte no posee alma, según el filósofo; pero toda aquella entidad que posee movimiento, esa sí la posee, distinguiendo, como sabemos, tres estadios de la esencia de la vida humana: el alma vegetativa, el alma sensitiva y el alma racional; las dos primeras se encuentran en el rango de lo irracional. Cabe destacar que los seres inanimados no poseen alma; esta es solo propia de los seres animados. De los seres vivos, llamados animados, al menos el ser humano posee estas tres almas “aristotélicas”. Los demás, las poseen de forma alternativa.

De esta manera, la racionalidad aristotélica está altamente relacionada, o mejor, consustanciada, con la emocionalidad de la vida; es decir, el problema de las emociones está interrelacionado con la racionalidad. Sin embargo, lo que quiero destacar aquí es el hecho de que el alma es una parte vital en la concepción del filósofo sobre la conformación del mundo material en el cual el ser humano se encuentra

contextualizando su existencia. Lo irracional del alma realmente tiene que ver con la vitalidad de la vida; es decir, el alma sensitiva y el alma vegetativa, son dos momentos esenciales de la existencia de la vida humana. Sin embargo, se destaca en su concepción que el alma vegetativa es propia de todo ser vivo para procurarse la alimentación, o incluso, su despliegue como tal ser vivo. La otra, el alma sensitiva, es propia de los seres vivos por la cual despliegan sus apetitos (sus “ganas” de acción), cumplimiento de sus deseos o de su voluntad existencial, e incluso, lo mencionado antes, las emociones: ella es propia de todos los animales, incluidos los no racionales.

De esta manera, aquellas dos almas se unifican en el ser humano junto con la tercera categoría de la clasificación mostrada por Aristóteles: el alma racional. En realidad, de lo que se trata aquí es de que los llamados “instintos” de supervivencia, si entendemos bien la tridimensionalidad del alma, están presentes en todos los seres vivos. Es la razón por la cual vemos, por ejemplo, al castor construir un dique para alimentarse y procrear, o a las aves construir mediante intrincados diseños, sus nichos para anidar y procrear sus polluelos. Sin embargo, vemos al ser humano construir bombas para destruir ciudades y vidas (sus nichos), o diseñar industrias altamente nocivas para el ecosistema planetario. De verdad que a la luz de la filosofía esencialista aristotélica, no se entiende mucho esta razón humana. Si el alma racional es la que permite conocer, en los términos aristotélicos, lo eterno, lo perfecto y lo inmutable, no se entiende cómo es que la razón instrumental que caracteriza al pensamiento científico se propone desarrollar conocimiento que es capaz de desconfigurar la existencia; es decir, de destruirla.

Sin embargo, lo que quiero destacar aquí es la idea de la cuestión ontológica que está presente en la filosofía aristotélica para entender un poco el problema de fondo que se está desplegando como gas en el ambiente acerca de las dimensiones de la materia viviente humana. Su materialidad, al estar constituida por esa tridimensionalidad mencionada, nos coloca en un camino seguro para poder desplegar la vida sin más. Pero, a pesar de ello, pensamos en las transformaciones que están produciéndose en el contexto de la existencia de la materia inerte y también en la materia viva. Desde esta perspectiva, se ve un camino bastante escarpado por recorrer debido a la velocidad con la que la actual técnica está modificando la materia viva, al procurar incluso la fusión entre materia, forma y racionalidad a partir de la nueva materia creada. Esta fusión, que opera a lo interno de los principios que informan la vida

(que describe la biología como ciencia de la vida), es realmente un problema que está por presentar sus propios dilemas, a la luz de la lógica aristotélica de la vida.

Todo lo anterior nos hace pensar en una cuestión medular desde la actual ética de la ciencia en la que se ha convertido la bioética, incluso presente desde sus orígenes con Fritz Jahr (MARTIN SASS, 2011): la relación entre técnica, naturaleza y vida. Esta relación, que en la ciencia moderna estaba clara, en el actual contexto de despliegue técnico está cada vez más difusa. La creación de materia que no está en el programa impreso en la genética de la vida en general, pero también la fusión de materia y pensamiento que está ocurriendo en las llamadas tecnologías de inteligencia artificial, son solo dos ejemplos de los desafíos que se anteponen desde el desarrollo de las nuevas tecnologías (que en otros momentos hemos categorizado como tecnologías digitales, o como tecnologías disruptivas). Pero lo más importante que está ocurriendo a lo interno de la estructura humana, es aquella que va en la vía de modificación y alteración de la propia naturaleza humana, por intermedio de la ingeniería genética, a pesar de las prohibiciones, por ejemplo, de la clonación y de la modificación genética al nivel germinal.

Interpretar la filosofía de Aristóteles a la luz de estos cambios en el panorama de despliegue técnico, implica observar la cuestión de la ciencia desde la bioética en sentido ontológico, justamente por tratarse de la modificación del entorno por vía de la acción humana, algo que en el filósofo no estaba contemplado; en primer lugar por tratarse de modificación y creación de entidades; y en segundo lugar, por tratarse de la aplicación de una lógica de intervención que atenta contra el propio nicho y la propia existencia humana y del ecosistema. En cuanto a lo primero, si consideramos la modificación genética, de qué estaríamos hablando, si de nueva materia o de creación de almas; y en cuanto a lo segundo, porque lo señalado va en contravía de toda lógica de supervivencia, en la cual justamente Aristóteles no pudo pensar, como en efecto no pensó. Estas cuestiones no están claras, ni siquiera en el nivel propositivo como problema; esto es, no entendemos el problema aún. Por ello, lo que estamos pensando es en que se trata no de un problema ético, sino en un problema ético-ontológico.

Según se desprende de los comentarios anteriores, estamos presenciando el tránsito de lo que el empirismo humeano sería incapaz de pensar; o incluso, de concebir: transitar de los enunciados del ser a los del deber ser, pero en el ámbito no ya del pensamiento sino de la acción.

Esto es, trasvasar las líneas que marcan el territorio de la ontología con los de la ética. Por esta vía, se está creando una nueva línea de pensamiento que se concibe desde esta relación ontos/éthos. La bioética, desde la ontología aristotélica, se visualiza como una disciplina ontológico-práctica pero también teórico-práctica, desde la cual se reflexiona la acción humana en el sentido de su “esencia” en cuanto tal, para usar la terminología aristotélica que describe a la acción. La actual transformación de la existencia, referida en los párrafos anteriores, se concibe como fenómeno retardador de la inteligencia filosófica, por lo cual debemos comenzar por esbozar las líneas que nos permiten transitar por estos azarosos caminos de la transformación de la vida. A ello, está llamada la bioética.

Y precisamente por ello, es que damos un salto en el tiempo desde aquellos momentos vividos por la sociedad en tiempos de Aristóteles, para interpretar nuestra realidad y con ello definir, o al menos, intentar hacerlo, nuestro problema de investigación, cuestión que escapa a estas líneas gruesas de mi propio pensamiento (al menos, es un intento). La filosofía aristotélica está siendo objeto de nuevas lecturas desde estas líneas de reflexión, como lo atestigua el maestro chileno Alfonso Gómez-Lobo (2006), quien reinterpreta la metafísica de este filósofo clásico desde la perspectiva de la unidad esencial que constituye el embrión humano y el adulto que se despliega desde esta esencial naturaleza de la vida. Y justamente de lo que se trata es que, como afirma el chileno, de encontrar las salidas interpretativas a las cuestiones ontológicas que se derivan de la transformación del genoma humano, y de su manifestación esencial como vida en cuanto tal, cuestión que trata justamente la bioética en cuanto disciplina filosófica, antes que como disciplina ética, aunque también como tal.

De todo lo anterior quiero rescatar la idea de la reinterpretación de la filosofía en general producto de lo que he indicado al principio, el problema de la transformación de la naturaleza y de la naturaleza humana. Y a propósito de ello, se deriva justamente otro aspecto esencial que es de vital importancia entender; cual es la de la sociabilidad humana y las discusiones en cuanto a las reglas para un mejor vivir, si es que esto es posible, a juzgar por los acontecimientos sociopolíticos acaecidos en los últimos cuarenta años. El tema de la sociabilidad humana pareciera no ser un tema para la bioética, sino para la ética en cuanto tal disciplina primigenia u originaria. Pero es allí justamente donde opera el cambio. Es decir, entramos en una nueva manera de vivir desde el momento mismo

en el cual somos considerados como parte de la complejidad de la vida. La vida y la vida humana como un todo son elementos integradores de la individualidad de cada uno. Nuestra genética es en ese mismo sentido compleja socialmente.

Las razones anteriores nos llevan a pensar en cómo establecer el equilibrio y la armonía en el marco de los procesos tecnocientíficos que por consecuencias adversas implican cierta desestabilización en los entramados sociales, y de los cuales, la ética clásica ya comienza a dar signos de desgaste teórico frente a la naturaleza quebradiza en la que se presentan los conflictos; especialmente, los conflictos sociales, como la atención en salud, la educación, la infraestructura básica para una vida digna como carreteras, puentes, pero también dotación tecnológica y reforma de los programas de educación para una nueva ciudadanía, que surge de la mano de los procesos de transformación socio-técnicos.

Nos encontramos viviendo en lo que diría RAWLS (1995) un momento original, de tal manera que propicia la emergencia de un nuevo contrato social. La ética de Rawls es una ética neocontractualista, porque más allá de los contractualistas clásicos como Hobbes y Rousseau, afirma que la sociedad en curso (habla de la sociedad de mediados y el último tercio del siglo XX), se formó mediante un contrato llevado a cabo por individuos que estaban revestidos de un cierto velo de ignorancia, y de una posición original para negociar los derechos y recursos de los individuos que conforman la sociedad, pero también los de la sociedad misma en su conjunto. Sin embargo, en estas circunstancias como las descritas arriba, la cuestión se centra además de en los recursos disponibles y de los derechos económicos, de la misma forma en cómo queremos preservar los valores clásicos de la sociedad en cuanto tal.

Más allá de los temas de la manipulación psicológica de los individuos, el liberalismo actual se caracteriza por mantener de forma constante a la sociedad en su conjunto presa ella misma de los desarrollos tecnológicos; y es allí adonde quiero llegar. La libertad en cuanto al desarrollo tecnocientífico, requiere que la sociedad en su conjunto entre en un proceso sociopolítico tal como el que describe Rawls en la posición original: una serie de individuos representantes de los intereses de la humanidad (no ya de la sociedad), para proyectar la vida a futuro, no obstante los desequilibrios que ocasiona la posesión del conocimiento, en poder de aquellos que por obra de la dinámica que la conforma es así mismo ostentado, que transforma en todas sus instancias la vida social del ser humano, pero también a este. En ello, la ciencia ficción nos hace

pensar en las desgracias que podrían sobrevenir en caso de estar sobreviviendo junto a seres inimaginablemente de otra naturaleza que no sea la tradicional humana. El transhumanismo nos remueve los cimientos.

De lo anterior, se desprende el hecho de que la vida humana, al ser social, depende sobremanera de la forma en como podamos negociar la sociedad de futuro, entendiéndolo por “negociar”, las discusiones que se deban entablar, y que se están dando, respecto del uso del conocimiento para fines nobles, como es de esperarse. Tal vez la ética de Rawls no sea la más apropiada para interpretar este aspecto del conocimiento y de sus efectos sociales, pero sí debemos reconocer que estamos ante un cambio de paradigma social y humano, razón por la cual también podemos interpretar que estamos ante una nueva “posición original”, aunque ya no de derechos económicos y sociales, como el caso de Rawls, sino de los derechos a vivir en un contexto natural tal cual como se conoce hoy; es decir, sin que la tecnociencia transforme la naturaleza humana de la humanidad, ni la naturaleza natural de la propia naturaleza.

De esta manera, a partir de estas líneas editoriales, dejamos esbozadas algunas de las cuestiones medulares a las cuales se habrá de enfrentar la bioética en todo su esplendor como disciplina que se ocupa de la crítica al desarrollo tecnocientífico, que es como pensamos debe verse, en especial, desde los primeros desarrollos cuando surge como disciplina filosófica preocupada por el accionar de la ciencia en los contextos ambientales y del tratamiento digno hacia los animales; aunque no fue sino desde Potter cuando comenzó a verse como disciplina que se ocupa de tender un puente entre las ciencias de la naturaleza y las humanidades, aspirando así al respeto de la dignidad humana. Pensamos más bien que la dignidad es hacia la vida antes que a la vida humana. Por ello, la relación entre la metafísica aristotélica y la ética socio-jurídica rawlsiana, se asoman como recursos interpretativos por los cuales podríamos encontrar respuestas a las preguntas que aún no nos hemos hecho.

De esta manera, es decir, reinterpretando los clásicos de la ética y la filosofía, podríamos encontrar respuestas a esas grandes preguntas, y que son derivadas del actual giro tecnocientífico y de sus consecuencias en el ámbito sociopolítico, antropológico y ético-jurídico, además de las cuestiones socio-técnicas que siempre surgen a partir de las revoluciones científicas, como la que actualmente atravesamos como sociedad. Sin embargo, apenas estamos en el umbral previo a las transformaciones

radicales que vendrán en todos los ámbitos, por lo que la sociedad de futuro, y el futuro de la naturaleza humana, están en pleno rediseño a pesar de que, a la vista de algunos intérpretes, solo se trata de meros discursos sin fundamentos ni evidencias empíricas. Creo que estamos atravesando un cambio de naturaleza tanto en lo social como en lo humano propiamente, producto de la tecnociencia y del tecnococimiento.

Dr. José Vicente Villalobos-Antúnez / Editor Jefe

ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-3406-5000>

jvillalobos@gmail.com



REFERENCIAS

- GÓMEZ-LOBO, Alfonso. 2006. "Aristóteles y una disputa de bioética". En **Estudios Públicos**, 102, p. 27-41.
- RALS, John. 1995. **Teoría de la justicia**. Fondo de Cultura Económica, México D.F. (México).
- MARTIN SASS, Hans. 2011. "El pensamiento bioético de Fritz Jahr (1927-1934)". En **Aesthethika. Revista Internacional de estudio e investigación interdisciplinaria sobre subjetividad, política y arte**, Vol 6(2), pp. 20-33. Disponible en: <https://aesthethika.org/El-pensamiento-bioetico-de-Fritz>
Consultado el: 30.11.2022





**UNIVERSIDAD
DEL ZULIA**

opción

Revista de Ciencias Humanas y Sociales

Año 38, N° 99 (2022)

Esta revista fue editada en formato digital por el personal de la Oficina de Publicaciones Científicas de la Facultad Experimental de Ciencias, Universidad del Zulia. Maracaibo - Venezuela

www.luz.edu.ve

www.serbi.luz.edu.ve

produccioncientifica.luz.edu.ve